

«La mirra de los hombres te ofrecemos,
 «Que mirra son del hombre los dolores; Y
 «El oro de los reyes te dejamos;
 «Y como al Dios del Orbe, Dios de amores,
 «Al olor del incienso te alabamos.»

Y si mas sangre aun el necesita,
 Las cabezas caeran una por una,
 Le regara la sangre belénita.

Mas al entrar los Magos al palacio,
 La sorda ríbia distingo de su alma,
 Y despues de escucharles complacido,
 Les encargó con aparente calma,
 Le hablaron á la vuelta del Urdido.

Los Magos se alejaron muy contentos,
 Sabiendo de Salem con la alborada,
 Y ya en la sola y apartada orilla,
 Dejose ver la estrella esplandida,
 Guiando los pasos de su fé sencilla.

Paróse á poco en lo alto de un establo,
 Donde pastaban vacas y carneros;
 Las sandalias los Reyes descalzaron,
 Y sus donas llevando placenteros,
 Ante el Niño Jesus se arrodillaron.

«Como á Dios, le dijeron, te adoramos;
 «Grande eres, Oh Señor! grande es tu Nombre;
 «Ante tu sabia y vasta inteligencia,
 «Es un pecado gusarillo el hombre;
 «Y es sompar ante tu luz su ciencia»

003155

CAPITULO IV.

LA PURIFICACION.

Cuarenta veces se habian abierto las rosadas cortinas del Oriente para dar paso á los rayos vivificadores del sol, desde que el divino Niño naciera en el portal de Belen.

Cuarenta auroras habian derramado sus brillantes y acristaladas perlas, entre las tembladoras hojas del garambuo y los sonrosados pétalos de las rosas, cuando María, exacta en el cumplimiento de las leyes divinas, fué al Templo á purificarse.

¿Qué necesidad tenia la immaculada Virgen de aquella ceremonia?

¿No era la gracia misma trasplantada á la tierra, para llenarla de sus embriagadores aromas?

¿No era el relicario sin mancha, el Templo de santidad, el reclinatorio de oro donde el Hijo del Altísimo tenia puestas todas sus complacencias?

María, huerto cerrado, donde nunca entró el hálito pestilente del pecado, fué pura desde el instante mismo de su Concepcion; desde que en la mente del Eterno tomó vida su celestial ser: María fué pura como esas gotas de rocío, que suspendidas en la punta del diáfano velo de la mañana, van á

ocultarse en la perfumada corola de la humilde violetilla; como el rayo de sol desprendido de su inmenso disco; como el blanco beso de la luna en las rizadas ondas del Golfo de Bengala; como la perla en su concha de nácar, ó como el sueño del niño en el regazo de su tierna madre.

Peró no obstante ser la pureza misma, quiso purificarse, y presentar á su Hijo al Templo, segun costumbre de las mujeres israelitas, para darnos ejemplo de obediencia á las leyes de la Iglesia de Jesucristo.

Su Santísimo Hijo se habia ofrecido voluntariamente como Víctima expiatoria, desde la prevaricacion de nuestros primeros padres; y sin embargo, quiso ser presentado por la inmaculada Virgen á aquel Templo, de quien era la cabeza invisible.

María penetró en él, llevando dos palomas y el valor de diez reales.

Su ofrenda era pobre, si atendemos al valor del dinero; ¿pero hubo jamás una mujer que como ella, presentara en el altar ofrenda de mas precio que la que se albergaba en sus ebúrneos brazos?

¿Hubo una reina que en el apogeo deslumbrador de su grandeza, pudiera decir, al doblar la rodilla en el Templo: ¡Adoradme los que aquí estais! porque este Niño, cuya cabeza se reclina en mi amoroso seno, digno es de la adoracion de los ángeles y de los reyes: ¡adoradme! porque el Cordero sin mancha me ha elegido para ser la lámpara depositaria de la luz de la gracia; el cielo sin nubes de donde descenden á la tierra los ra-

yos vivificantes del Sol de justicia: ¡adoradme! porque soy la conductora de la Víctima destinada para la salvacion de todo un mundo; porque el Dios de los cielos y de la tierra, me ha escogido para que le llevara en mi seno.

¡Oh! nó; y María, pobre y oscura, pudo decir todo esto y aun mas, al penetrar en aquel sagrado recinto, que la magnificencia y poder de Salomon habian embellecido con un lujo digno de la casa del Señor.

Cuando las últimas bendiciones del sacerdote hubieron caido sobre la inmaculada cabeza de la Santísima Virgen, el anciano Simeon, hombre de acendrada virtud, tomó al Niño en sus brazos, besó su tierna frente, y levantando los ojos al cielo exclamó: «Ahora sí, Señor, ya puedes llevarme á tu santo reino; mis ojos han visto, por fin, «á Dios mi Salvador, al Prometido de tantos siglos; ya puede tu siervo dormir en paz el sueño de la muerte.»

Al mismo tiempo, Ana la profetisa se deshacia en alabanzas, tributadas á la Madre y al Hijo. Despues de una corta pausa, los lábios de Simeon predijeron á María los terribles dolores que habian de lacerar su benditísima alma.

¡Su corazon se estremeció y las lágrimas se agolparon á sus azuladas pupilas!

Los terribles episodios del Monte de las Calaveras pasaron á su vista envueltos en todos los horrores, que mas tarde debian darla el glorioso atributo de «Reina de los Mártires.»

Bajo las altas bóvedas de aquel Templo, con-

de entre arabescos de pórvido, resaltaban los mas ricos metales; donde los diamantes mas escojidos evaporaban su abillantada luz, mas suave que el fulgor de la alborada, entre las nubíferas gasas del incienso; fué donde el alma de María recibió el primer golpe, donde su corazon sensible se vió traspasado por la primera espada de dolor.

Despues de cumplir con el sagrado deber que la ley le imponia, regresó á Nazareth con su casto esposo y su pequeño Niño.

Aun todavía no cumplia tres meses el divino Jesus, cuando sufrió la primer persecucion. Persecucion terrible, que si bien por entónces no pudo alcanzarle, por no ser aun llegada la hora de su santísima muerte, fué la hoz sangrienta que segó millares de niños, y en la que se cumplió exactamente lo predicho por el profeta Jeremías en estas palabras:

«Un gran rumor se ha oido en Roma de quejas y gritos lastimosos: es Raquel llorando á sus hijos, y no queriendo consuelo porque no existen.»

El Señor dió principio á su peregrinacion sobre la tierra en medio de acontecimientos asombrosos.

Tres Magos de Oriente, impulsados por su gran fé y guiados por una estrella de asombrosa magnitud, atravesando senderos y desafiando peligros, llegan al oscuro pesebre, donde no se desdennan de quitar el calzado que defendia su régia planta, contra los duros guijarros, para adorar á un pobre Niño que no tiene mas cuna que un

monton de paja, ni mas abrigo que un giron del velo de lana con que se abrigaba su bellissima Madre.

Herodes, tres meses despues, dá la terrible orden de matar á los niños, que de dos años abajo alienten sobre el polvo de la inmortal Belen.

¡Acontecimiento terrible, que á través de millares de siglos y de generaciones, aun horroriza; y que solo pudo ser impulsado por Satan en la cabeza de un hombre como Herodes!

¡Dios lo quiso! El camino de la Redencion fué fecundizado con la sangre de los inocentes!

SUPLICA

Inmaculada Vírgen; que siendo la pureza misma, porque el Omnipotente se complace en llamarte su paloma sin mancha, su lirio escojido entre millares, la rosa sin espinas de su sellado huerto; quisiste darnos ejemplo de obediencia y de pureza, cuando presentándote al Templo, ofreciste dos palomas, símbolo de inocencia, cumpliendo así con la ceremonia, por medio de la cual la madre se purificaba; pero de lá que tú te hallabas excluida por la gracia de que te habia investido el Altísimo. Haz, Madre mia amorosísima, que mi alma, siempre sumisa y obediente á las divinas leyes, sea un templo de castidad y de pureza, en el cual estén siempre grabados con indelebles caracteres, los santísimos nombres de Jesus y de María. Así sea.

monon de paja, ni mas abrigo que un giron del
velo de lana con que se abrigaba su bellísima
Madre.

Herodes, tres años despues, da la terrible
orden de matar á los dos años á
jo alientan sobre el polvo de la inmortal Belen.

CANTO V.

LOS PRIMEROS MARTIRES DEL CRISTIANISMO.

Cual llega hasta el cautivo la luz del claro dia
Y se oye, aunque de léjos, el silbo del pinar,
Cual llegan los riachuelos hasta la mar bravía
Y sube hasta las nubes del humo la espiral,

Llegaron al palacio de Herodes el tirano,
Mil voces que auguraban al Hijo de Miriam
Poder sublime y grande, divino, sobrehumano,
Cuyos prodigios nunca los hombres contarán

Dijéronle que un dia llevó Miriam al Niño
Al Templo rico y bello del sábio Salomon;
Y que á la Madre luego del llanto en desaliño,
Tormentos predijeron los lábios de Simeon.

Y que á ese mismo tiempo Ana la profetisa,
Anciana de acendrada y sólida virtud,
Dijo; mirando al Niño con cándida sonrisa,
„Bendito Dios, que has traído la vida y la salud!“

Y que ambos alternaban sublimes alabanzas
Diciendo en su alegría con santa inspiracion:
„Al fin vemos cumplidas tan santas esperanzas;
Ya, si te place, llévanos al seno del Señor!“

Y á cada nueva frase pálidos cual breña,
Los lábios del impío mirábanse temblar;
Y vacilaba airado como la débil caña,
Y con fulgor siniestro chispeaba su mirar.

Su cólera no tuvo ya límites ni traba;
Burlado por los Reyes de Oriente se creyó:
Y su ambicion haciendo de la razon su esclava,
Venganza mas terrible furioso meditó.

„Oh! sí, mañana, dijo, el pueblo envilecido
„Sabrá que aquí no existe mas dios que mi poder,
„Mas ley que mi capricho, capricho no vencido
„Que acatará sumiso el pueblo de Isráel.“

Sus manos se crisparon á impulso del encono,
Sus ojos sanguinosos de un lado á otro llevó;
Y viendo su corona, su cetro, manto y trono,
Riéndose con furia los dientes rechinó.

Llamando á sus esbirros „Id á Belen; les dijo,
„De todos los infantes la sangre derramad:
„No perdoneis á nadie ¿lo ois? ni aun á mi hijo,
„Que no os conmueva el llanto, si los ois llorar.“

„Llevad alma serena y corazon de roca;
„Si pide alguna madre de su hijo compasion,
„Sellad, sellad los ayes de su amorosa boca
„Rasgando en su regazo su propio corazon!

„De dos años abajo no perdoneis varones:
„Matad! que irá entre todos el Hijo de José;
„Alumbra el sol mañana rasgados corazones,

«Pupilas derramando por llanto sangre y hiel.»

Partieron los malvados y duros herodianos,
No se escapó á su zaña cabaña ni rincón;
En sangre estaban tintos sus rostros y sus manos,
Que sangre derramaban doquier sin compasion.

Allí una madre estrecha á su hijo contra el seno,
Y el ara son sus brazos donde le ve inmolar;
Y otro soldado mira impávido y sereno,
Que el rostro de la madre la sangre fué á bañar.

Acá ocultando á su hijo en un terral oseuro,
La madre temerosa le besa con amor,
Y viene un herodiano, le arroja contra el muro,
El cráneo se hunde, y salta rojísimo turbion.

Allá entre dos esbirros la presa se disputan,
Le toman indolentes cada uno por un pié,
Y alzándole en el aire risadas le tributan,
Y el juego de pelota después hacen con él.

Aquí madres que lloran y mesan los cabellos,
Y tuércense las manos temblando de dolor;
Y viendo de sus hijos sin busto ya los cuellos
Exclaman extraviadas: ¡horror! horror! horror!

Allí se dejan unas caer sobre la losa,
En tanto corren otras con loco frenesí;
Y otras aquí convulsas, con risa temblorosa,
¡Maldicen al tirano.....! y al hijo ven morir.

Raquel toma el cadáver del hijo que adorará,

Le acuesta en sus rodillas, le besa veces mil;
Y riega con su llanto su ensangrentada cara,
Y al cielo alza su frente de pálido perfil.

Y en gritos lastimeros y mil sentidas quejas
Desahoga la dolencia que rasga el corazon:
De los dorados rizos separa dos madejas,
Las corta, y á sus lábios las lleva con pasion.

«¡Oh! mi hijo idolatrado ¡en dónde estás, en don-
«¿Por qué á tu pobre madre dejaste sola tú? [de?
«¿Por qué tu vocecita mis quejas no responde?
«¿A quién pondré la túnica de raso y de tisú?

«¿A quién verán mis ojos al despuntar la aurora?
«¿En mis amantes brazos á quién arrullaré?
«¿Tu madre ya no canta; tu madre solo llora;
«Tu madre es una sombra, no mas, de lo que fué!

«Tu cuna estará sola cual nido abandonado:
«No habrá en mi estancia aromas, no habrá en mi
[estancia luz;
«Que las alfombras pérsicas, la seda y el brocado,
«Desde hoy cubre la muerte con hórrido capuz.

«A la tarde que vuelva tu padre, ¡hijo de mi al-
«No irán tus manecitas su frente á acariciar; [ma!
«Y llorará á la sombra de la frondosa palma,
«Do en mas felices horas te vió á sus pies jugar...

«¡Herodes! ¡vil tirano! ¡qué te hizo el hijo mio
«Para que así le hirieras con el alfanje cruel?
«Si sangre mas querias, ¡Herodes, rey impío!

«¿Por qué no la tomaste del pecho de Raquel?»
 Así Raquel exclama y triste se lamenta,
 En medio de tan grande y cruel desolacion;
 Y besa de su niño la frente amarillenta;
 ¡Hasta que poco á poco se extingue su razon!

Y es tradicion que al filo de la sangrienta espada
 El hijo mas pequeño de Herodes sucumbió:
 Que la nodriza fuése al rey ensangrentada;
 Y ¡maldicion horrible al rostro le arrojó:

Avisada de un ángel secretamente en tanto
 La Sagrada Familia de Nazareth salió:
 Su huida protejieron las sombras con su manto:
 Muy léjos de su patria el sol les alumbró.

Temiendo les alcancen, sin pan y sin abrigo,
 Pobrísimos viajeros, ¿á dónde, á donde irán?
 ¿A qué país extraño, país quizá enemigo,
 Donde las horas lentas para ellos pasarán?

Más van para el Egipto, ciudad de los jardines,
 Donde Cleopatra impura la vida se quitó:
 Ciudad de las cien torres, ciudad de los festines,
 Donde al triúnviro Antonio amor encadenó.

La mano del Eterno sostuvo su camino,
 Y su poder grandioso sus pasos siempre guió:
 La sombra del almendro, la palma y el sabino,
 Mil veces con su pompa de techo les sirvió.

Cruzaron del desierto las vastas soledades,
 Do el simöum ardiente azota el arenal;
 Y al paso de Jesus en todas las ciudades,
 Los ídolos caian de su alto pedestal.

Así por fin llegaron: del caudaloso Nilo
 Hallaron á la márgen un pueblo en qué vivir;
 Y allí en aquel destierro, de su pobreza asilo,
 Miraron cinco veces las rosas del Abril.

CANTO VI.

MUERTE DE HERODES.

En lecho de oro, de marfil y pórvido,
Bajo ondulante pabellon sutil,
Sobre mullidos almohadones pérsicos,
Presa es Herodes de dolores mil.

Ulcerado su cuerpo miasmas fétidos
Exhala solo en derredor de sí;
Y aquella estancia de riqueza espléndida
Repugna á todos los que van allí.

En vano en pebeteros de oro fúlgido
Arde el nardo, el aloé y el jazmin,
La hediondez es tan grande, que ni el sándalo
Lograra perfumar el camarin.

Al frente de su lecho se halla el príncipe
Que su corona heredará al morir;
Y á los pies Salomé mirando pálida,
Sombras moradas en el rey surgir.

Este los vé con ojos cadavéricos,
Y de su boca se oye el blasfemar;
Y en un segundo de sus negras úlceras

Los gusanos comienzan á rodar.

Y de sus ojos las redondas órbitas
Con siniestro fulgor se ven brillar,
Y entre sus lábios descarnados óyese
De sus dientes ya largos el crispár.

Del príncipe á la voz, entran los médicos,
Y Herodes dice, al verles, con furor:
«¿Concluyó vuestra ciencia? ¿No hay antídoto
«Que me quite, por fin, tanto dolor?

«¡Idos malditos! de mi vida el término
«De vuestra muerte la sentencia es:
«Sereis muy pronto pasto de las águilas,
«Y de los buitres codiciada pres.

«Cumple, Arquelao, mis mandatos últimos;
«Pues no pudieron á su rey salvar,
«Vayan ellos delante, y que mi espíritu
«Siga al suyo en la ignota oscuridad.

«Y porque el pueblo miserable y sórdido
«Me guarde luto y llore por su rey,
«Harás segar de cada casa un vástago.....
«¡Cumple, Arquelao, mi postrera ley.....!

¡No pudo continuar! su voz satánica
Comprimida en el pecho se extinguió:
Se contrajeron sus horribles músculos
Y la luz de sus ojos se apagó.

¡Así acabó aquel rey sangriento y bárbaro,